

# BOLIVAR MAS ALLA DEL BIPARTIDISMO

Fernán González \*

Domingo Sarmiento sostenía que Bolívar no había sido entendido en nuestro medio porque se quería ver en él un general de tipo europeo en vez del caudillo americano, conductor de masas: por eso, consideraba que el Libertador era un "cuento forjado sobre datos ciertos". Lo curioso es que nosotros, cien años después, podamos decir casi lo mismo. Peor aún, hoy tendríamos que decir que hay varios cuentos sobre Bolívar, forjados desde diferentes posiciones políticas e ideológicas.

Para Germán Arciniegas, hay que enfatizar la obra de Bolívar como guerrero y luchador por la independencia, relegando a la sombra su pensamiento político y constitucional, fruto de la decadencia senil del Libertador después de su "muerte" en Ayacucho o Lima. A su vez, se escandaliza del esfuerzo "manipulador" de historiadores soviéticos y cubanos que aprovechan las críticas del Libertador a la democracia formalista liberal para presentarlo como precursor de Fidel Castro. Desde el lado conservador, Mario Laserna muestra la continuidad del Bolívar-Libertador con el Bolívar-político, insistiendo en la necesidad de un Estado fuerte e intervencionista, educador del pueblo en los valores realmente democráticos, que se contraponen al Estado débil de los liberales. Alvaro Gómez Hurtado, por su parte, presenta a Bolívar como "el primer contrarrevolucionario de la Historia" al romper con la revolución liberal, inspirada por las valoraciones abstractas y racionalistas de la Ilustración que no se amoldaban a la realidad americana.

Indalecio Liévano Aguirre, tal vez el mejor exponente de la historiografía revisionista en Colombia, supera el mito del santanderismo legalista y el enfoque meramente ideológico al enmarcar a Bolívar y Santander dentro de los conflictos sociopolíticos y de los problemas económicos y financieros del momento. Sin embargo, Liévano lee la historia colombiana como un permanente conflicto entre un líder populista o popular y la oligarquía tradicional, tal vez buscando justificar retrospectivamente la lucha del MRL contra el oficialismo liberal. La línea revisionista de Liévano es continuada desde el lado marxista

por Shulgoski y Pividal, que insisten en la política integracionista y antinorteamericana de Bolívar para presentarlo como precursor del antiimperialismo.

En otra línea, Antonio García subraya el hecho de que Bolívar convirtió la lucha emancipadora de guerra de la aristocracia criolla en revolución social: Bolívar supera el republicanismo demagógico y trata de crear una democracia en condiciones sociales que la hacían imposible; de ahí su Constitución Boliviana y su Dictadura, cuyo problema fue que se usó con fines de regresión social y no como régimen de transición hacia una democracia real.

Estas contradictorias imágenes de Bolívar ilustran el carácter de la Historia como diálogo entre pasado y presente: cada historiador, desde su momento histórico y desde su posición política e ideológica, interroga al pasado con diferentes intereses. El historiador está profundamente inmerso en el devenir de la historia y no puede despojarse de los intereses y preocupaciones de sus contemporáneos. Es también clara la tendencia a subrayar los aspectos convenientes a la posición del historiador y a relegar discretamente a la sombra los aspectos del héroe que pueden estorbar o incomodar a las posiciones e intereses que ha asumido de antemano.

## MITO E HISTORIA

Esta contraposición de imágenes, llevadas al extremo, ilustra también la persistencia de la estructura mítica de pensamiento en la mentalidad del hombre moderno. Se ha mostrado cómo los cuentos infantiles, las grandes epopeyas, las grandes novelas modernas y hasta los folletines, telenovelas y novelas policíacas, tienden a repetir las gestas del héroe arquetípico en la sempiterna lucha entre el Bien y el Mal. Varios autores insisten en que la historia tradicional de los libros de la primaria y del bachillerato no es sino una amalgama de leyendas y mitos, contruidos para crear identidad nacional. Esta estructura mítica estiliza los héroes despojándolos de detalles incómodos o perjudiciales y los abstrae de su condicionamiento histórico hasta darle una realidad intemporal.

Además, en los momentos conflictivos y en las divergencias políticas se llega a una especie de maniqueísmo político, donde se idealiza al amigo convirtiéndolo en el dechado de todas las perfecciones y se sataniza al adversario concibiéndolo como la suma de todos los males. Se suprime así todo matiz gris de la Historia, leída como claroscuro, repitiendo un arquetipo muy conocido: la lucha de Satanás contra Dios. Este maniqueísmo político es muy común en fanáticos y militantes de todos los credos.

Obviamente, los Mitos no buscan satisfacer la necesidad racional de conocimiento sino la necesidad existencial de orientación y sentido ante el mundo y la sociedad. La estructura mítica integra y da sentido a la cultura en que se vive, sosteniendo a sus miembros en momentos de decepción y derrota. También existen mitos revolucionarios que sirven para mantener la esperanza en la destrucción del status quo y para movilizar fuerzas en esa dirección mediante la promesa de una regeneración fundamental e instantánea de la humanidad y de la sociedad.

La presencia de esta estructura mítica en la discusión Historiográfica que hemos venido mostrando es clara: cada autor subraya los aspectos "buenos" según su punto de vista y olvida los "malos". Arciniegas propone concentrarse en el Bolívar guerrero y olvidar al político, porque las ideas de éste representan una crítica al formalismo liberal en que él cree. Laserna y Gómez Hurtado subrayan el autoritarismo del Estado fuerte bolivariano olvidando el énfasis igualitario que lo complementa. Pividal y Shulgoski subrayan los sentimientos antinorteamericanos del Libertador olvidando sus propuestas de alianza con Inglaterra. Liévano presenta un Bolívar populista, olvidando la preocupación casi obsesiva del Libertador por la amenaza de la "pardocracia".

Es normal cierta captación subjetiva de los hechos, ya que solemos captar la realidad de acuerdo a nuestro propio modo de ser, a nuestros esquemas previos. También tendemos naturalmente a la simplificación y esquematización de la realidad para poderla

entender. El problema se presenta cuando nuestros esquemas y simplificaciones previas son tan rígidos e inmodificables que nos impiden captar todo lo que los cuestiona y ponga en tela de juicio. Este problema es particularmente notorio en el caso de nuestros prejuicios ideológicos, reflejo de nuestros intereses vitales y de nuestra posición en el mundo y en la sociedad.

En el caso de Bolívar, la única manera de superar las mitificaciones partidistas es dejarnos cuestionar por su pensamiento político mediante una lectura contextualizada de sus principales escritos. Entre ellos, son centrales en su pensamiento el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica, su Mensaje al Congreso de Angostura, su discurso al Congreso de Bolivia, lo mismo que sus cartas sobre integración hispanoamericana y política internacional. Para superar la visión heroica, individualista y mitificadora de Bolívar, hay que situar su obra dentro de los reales conflictos políticos, sociales y económicos de su tiempo, teniendo en cuenta la situación económica tanto internacional como nacional. Las biografías escritas por Liévano Aguirre o Gerhard Masur pueden ser útiles para leerlo en su contexto.

### **HACIA UNA VISION ALTERNATIVA**

A manera de hipótesis provisional, quisiera resumir algunas ideas que pueden ayudar a la lectura personal. A mi modo de ver, la causa fundamental de las diferencias de Bolívar con Santander y su clientela, con la oligarquía "mantuana" de Venezuela y con la rica aristocracia de Lima, reside en que su proyecto político era profundamente distinto del de ellos. Las oligarquías dominantes sólo querían sustituir el dominio español por el suyo propio y carecían de todo interés de modificar el equilibrio existente en sus sociedades y en el ámbito internacional. Por eso eran partidarios de una revolución aristocrática, sin participación de las masas, de las cuales estaban temerosas: el miedo a las ideas de la revolución francesa y al ejemplo de la rebelión negra de Haití es notorio, especialmente en Venezuela. Estos grupos dominantes eran partidarios de la adopción de una fachada republicana con las apariencias externas de una democracia formal y legalista, que les permitía ocultar las desigualdades que imposibilitaban (y siguen hoy imposibilitando) la creación de una democracia real. Es muy dicente la oposición, oculta a veces y frecuentemente manifiesta, a la emancipación

de los esclavos y al reparto de tierras a los veteranos.

Tampoco pensaban estas oligarquías en fortalecer la posición hispanoamericana a nivel internacional, sino que se limitaban a buscar el dominio político en el reducido ámbito regional en el que se movían y en el cual se consideraban herederos del Imperio español. Internacionalmente, aceptaban la supuesta igualdad entre naciones soberanas, base de las relaciones internacionales, que no hace sino disfrazar la dominación del débil por el más fuerte. Por eso, sólo aceptan una especie de integración internacional mientras necesitan la ayuda de Bolívar para derrotar a los realistas y conseguir la independencia del territorio que consideran su ámbito de poder.

Tanto a nivel nacional como internacional, Bolívar se mueve en el mundo de las contradicciones concretas de la política, nunca en el mundo sublime pero irreal de las ideas abstractas. Su experiencia de la primera república en Venezuela y de la atroz guerra en esta región, lo convencen de que las ideas liberales ortodoxas, basadas en el libre juego político de los intereses individuales contrapuestos, no son adecuadas para nuestra realidad. También descubre que una revolución aristocrática sin apoyo popular, estaba condenada al fracaso en una Venezuela desgarrada por tensiones y desigualdades sociales, que los realistas se encargaban hábilmente de explotar aprovechando el instintivo odio de los pardos, llaneros y esclavos en contra de sus explotadores mantuanos. En el plano internacional, Bolívar es consciente de que las naciones hispanoamericanas en formación no se encuentran aisladas en el mundo, sino en medio de potencias internacionales en lucha abierta por la hegemonía económica y política.

De ahí el énfasis que da Bolívar a la participación popular mediada por los caudillos, a los cuales coopta para la lucha emancipadora y para la organización política después de la independencia. Bolívar triunfa porque transforma la revolución aristocrática de los mantuanos en una revolución popular, lo que produce resquemores en las aristocráticas Lima y Quito.

A nivel internacional, el Libertador pretendía crear un nuevo equilibrio en el cual Hispanoamérica pudiera jugar un papel importante del lado de su aliada natural, Inglaterra. Para ello, buscaba conservar de algún modo la unidad del antiguo Imperio español bajo signo republicano. Frente a la doble amenaza

de la Santa Alianza reaccionaria en el continente europeo (que parecía querer reconstruir el poder de los Borbones) y de los Estados Unidos del Norte que intentan extenderse sobre Florida, México, Cuba y Puerto Rico, Bolívar quería crear un bloque hispanoamericano que sea una réplica republicana de la Santa Alianza. Con un análisis muy pragmático y realista sobre la correlación de fuerzas a nivel internacional, Bolívar decide aprovechar la lucha de las grandes potencias por la hegemonía para crear una potencia hispanoamericana buscando el apoyo inglés para neutralizar un eventual ataque de las potencias de la Europa continental, tratando de explotar el interés comercial de Gran Bretaña en los mercados hispanoamericanos. Para esto se basa en un análisis muy pragmático de nuestras posibilidades concretas en la división internacional del trabajo. Sin embargo, Bolívar tampoco se hacía muchas ilusiones sobre el supuesto altruismo de su eventual aliado cuyo carácter imperialista identifica claramente. Por eso, su meta final es la plena independencia, "cuando crezcamos". (La oposición activa de la diplomacia norteamericana a los planes integracionistas del Libertador indica que entendían de qué se trataba).

A nivel de la nación que trataba de crear (que hoy llamamos "Gran Colombia" pero que Bolívar y sus contemporáneos llamaban "Colombia", a secas), Bolívar busca fortalecer al máximo al Estado, con el fin de compensar las desigualdades producidas por la naturaleza. Esta concepción del Estado es similar a la de Rousseau, que opinaba que el papel del Gobierno era luchar contra "la fuerza de las cosas" que tienden a establecer la desigualdad entre los hombres. Contrariamente al optimismo liberal e ingenuo de la Ilustración, Rousseau preconizaba la vuelta a la naturaleza como reacción contra una sociedad que producía la desigualdad social entre ricos y pobres. De ahí la necesidad de restablecer la solidaridad humana a través de un "contrato social" por el cual el individuo subordina sus intereses individuales a la voluntad general.

Por eso, Bolívar se opone rotundamente al Estado liberal que interviene lo menos posible en la sociedad y deja hacer a las fuerzas individuales contrapuestas: para él, el Estado tiene que crear la nación inexistente a través de un Poder Moral educador y vigilante de la administración pública. Las ideas liberales exageradas de teóricos abs-



tractos y abogados desconocedores de la realidad social deben ser temperadas y adecuadas a nuestras condiciones concretas. Las elecciones populares sin educación de las masas campesinas y con las ambiciones de los manipuladores políticos urbanos sólo produjeron el caos y la anarquía en los años iniciales de Venezuela y de Nueva Granada. De ahí que el Libertador no se haga ilusiones sobre el "fair play" de las luchas políticas concretas: ésta no es concebida como el libre juego de individuos autónomos sino como la manipulación de personas sujetas a muchos lazos de dependencia y a la influencia de los poderosos ("la aristocracia de rango, de empleos y de riqueza"), lo que explica el éxito electoral de políticos inescrupulosos. Bolívar pronto descubre que los Congresos no siempre representan a los pueblos lo supuestamente los eligen sino que responden a la hábil manipulación de una maquinaria política obediente a los gamonales de

turno. Concluye así que el único despotismo posible no es el del autócrata militar sino que también hay "un despotismo deliberante" que conduce a la anarquía y termina por producir al déspota militar por reacción. La experiencia política le enseña que también puede existir la tiranía del mandatario civil que impone su voluntad a través del hábil manejo de marionetas "elegidas popularmente", haciendo innecesaria cualquier violación de la legalidad republicana con lo cual se puede aparecer respetuoso de la majestad de la Ley al tiempo que se impone la voluntad personal del mandatario. Esta situación explica la tragedia y el fracaso político del Libertador.

#### EL FRACASO DE BOLIVAR

El problema de Bolívar fue que no es suficiente identificar y diagnosticar los problemas sino que hace falta encontrar soluciones viables y fuerzas políticas que las apoyen. No basta la voluntad

de un hombre, por genial que sea, para imponer soluciones en contra de las tendencias socioeconómicas y de los intereses políticos de los grupos dominantes, aunque ellos hubieran sido los beneficiarios a largo plazo de dichas soluciones. Esas tendencias e intereses se encubrían en el mundo de las ideas abstractas liberales, ya que el Estado débil propugnado por los teóricos liberales significa la perpetuación del status quo y de sus crecientes desigualdades.

El Estado fuerte propuesto por Bolívar al Congreso de Angostura y Bolivia buscaba tener su base social en los caudillos populares surgidos de la guerra de independencia y en la aristocracia sobreviviente de la revolución de manera que se creara un equilibrio entre las fuerzas nuevas y las antiguas: el prestigio popular de los caudillos y el apoyo del ejército permitirían sopesar la presencia de las oligarquías que tendrían naturalmente a dominar los cuerpos legislativos en el tipo de democracia censitaria de la época, gracias a su prestigio, riquezas y hegemonía en la sociedad. El peso del ejército profesional, ligado esencialmente a la política internacional de Bolívar al cual había acompañado en sus campañas del Sur, compensaría el natural secesionismo de las provincianas oligarquías regionales. Esta base social se refleja en algunas de las propuestas constitucionales de Bolívar, como el Senado vitalicio de próceres, tan mal comprendida por la ortodoxia constitucional liberal, que cono- cía a los pensadores europeos mejor que a la realidad social del país. El eclecticismo constitucional del Libertador es un intento de respuesta a la compleja realidad social que le tocó vivir.

El intento de institucionalización del caudillismo dentro de la organización postindependiente de la vida política refleja también la experiencia de Bolívar en la guerra en Venezuela. La descomposición rural y la comercialización de la agricultura crearon allí un ambiente de tensiones sociales, que dio un feroz matiz racial y social a la guerra. Caudillos realistas como Boves y Morales y patriotas como Piar y Páez guían a las mismas masas. Por eso, en Venezuela la guerra de Independencia constituye un canal de ascenso social para los caudillos guerrilleros. Es importante señalar, para entender la posterior actitud de Bolívar frente a Páez, que la movilización popular realizada por el Libertador nunca fue directa

sino en esas circunstancias. El triunfo de Bolívar en Boyacá se produjo sólo cuando Bolívar logró coordinar bajo su mando a los diversos caudillos regionales venezolanos junto con un contingente colombiano organizado por Santander y otro contingente de mercenarios extranjeros: al lado de las tropas de los caudillos, Bolívar fue creando un verdadero ejército profesional. Esto permite a Bolívar poder obligar a los caudillos a superar sus ámbitos regionales de poder y llevarlos a combatir más allá de sus respectivas regiones, insistiendo en una conciencia verdaderamente nacional. El triunfo de Boyacá fortalece aún más su poder, con lo que consolida su influencia sobre el Congreso de Angostura (que se ha rebelado en su ausencia contra el vicepresidente Zea), porque le permite contar con un ejército veterano victorioso, reforzado por un fuerte contingente de tropas neogranadinas y por el apoyo económico de las regiones recién libertadas: era difícil para los caudillos venezolanos resistirle con sus pequeños contingentes y su ámbito reducidamente local de poder.

Los problemas comenzaron en la organización política republicana apenas terminada la guerra: Bolívar comprende que tiene que contar con el poder de facto de los caudillos para la organización de la nueva república. Opta entonces por repartir el poder entre ellos contrabalanceándolos a los unos con los otros: Páez, Soublette, Mariño, Bermúdez, Arismendi y Urdaneta reciben el mando de las diferentes regiones de la actual Venezuela. Este uso político de los caudillos permite al Libertador contrapesar las tendencias separatistas y nacionalistas de la aristocracia mantuana de Venezuela, mucho más vinculada al comercio exterior que su contraparte neogranadina, a la que la primera consideraba rústica, retrógrada y clerical. La guerra de independencia había golpeado severamente a sus plantaciones cacaoteras, cultivadas con mano de obra esclava: los terratenientes mantuanos consideraban que sus problemas económicos no eran suficientemente tenidos en cuenta por el gobierno de Bogotá, cuyos recursos fiscales eran escasos. La mayoría de los recursos se iban a los gastos de la guerra en el Perú y a la deuda exterior contraída para la independencia. Lógicamente, los mantuanos venezolanos se oponían a la ayuda colombiana a la independencia del Perú.

El equilibrio entre caudillos y oli-

garquías se rompió al ser cooptado Páez por la oligarquía de Valencia y Caracas: esto se facilitó porque Páez se había convertido en uno de los mayores terratenientes del país gracias a las recompensas recibidas en tierra y al aprovechamiento que hizo de su poder para apoderarse de las tierras que correspondían a sus soldados. Por otra parte, la intransigencia legalista y civilista de Santander y la camarilla de abogados y burócratas que compartía su poder precipitó a Páez en los brazos de los mantuanos separatistas. Herederos de la burocracia y de la tradición legalista españolas, juristas de profesión y nacidos casi todos en una región del país donde existía mayor vida urbana y menor desigualdad social, los miembros de la facción no se basaba en las leyes sino en el poder de facto. Celosos del poder político que poseían, querían defenderlo por todos los medios frente a la supuesta amenaza del despotismo militar y bloquear el acceso al poder de los grupos adversos a sus ideas sin reparar en los medios. Por supuesto, la arbitrariedad de algunos funcionarios militares no ayudaba mucho a suavizar las tensiones. Además, el problema se complicaba porque la mayoría de los oficiales de alto rango eran nacidos en Venezuela, con lo que el antimilitarismo se mezclaba con el antivenezolanismo. El problema se complicaba aún más por las enormes distancias y el difícil transporte, que hacía escasa la representación venezolana en el gobierno y en el Congreso (para Ecuador, el problema era todavía peor pero allí la clase terrateniente dominante no estaba interesada en la separación: su economía estaba muy aislada del mercado mundial y consideraban a Bolívar el garante del orden social). A todo esto se añadía el hecho de que Santander y su clientela no estaban tampoco demasiado interesados en mantener a toda costa la unión con Venezuela, así que no estaban dispuestos a transigir con la violación de la Constitución. La facilidad con que los santanderistas (que regresan a la ideología federalista apenas dejan de controlar el poder central) se entienden en la Convención de Ocaña con los separatistas venezolanos en contra del centralismo bolivariano es prueba de ello.

Muy distinta era la posición de Bolívar, que sabía muy bien que los caudillos locales de Venezuela y los militares profesionales que lo habían acompañado en las campañas del Sur

eran su base real de poder. Este grupo era reforzado por las oligarquías de Cartagena, Popayán y Ecuador, que no tenían cabida en la burocracia santanderista: en general, la oposición antisantanderista esperaba que Bolívar rectificara las políticas de Santander apenas asumiera de veras pero probablemente no compartía del todo las ideas del Libertador. De ahí que su apoyo político a Bolívar fuera tímido y moderado, con lo que la correlación de fuerzas políticas era adversa al Libertador. Bolívar siempre había buscado apoyo en la hegemonía local de los Mosqueras y Arboledas admirándose de que la sociedad de Popayán conservara su estructura jerárquica y patriarcal. En realidad, en Nueva Granada y Ecuador, la estructura social permaneció casi intacta después de la guerra de independencia, porque ésta no revistió las características de guerra social y racial que tuvo en Venezuela. Tal vez la generalización de esta experiencia llevó a Bolívar a pensar que los cambios introducidos por la guerra habían sido menores de lo que eran en realidad y que la estructura social colonial permanecía más o menos intacta. Probablemente no cayó en la cuenta de cuán diferente era Popayán del centro-oriente del país (Bogotá, Tunja y Santanderes actuales), de donde era originaria casi toda la clientela santanderista.

Además, Bolívar estaba dispuesto a conservar a toda costa la unidad entre Venezuela y Nueva Granada, así fuera al precio de una mayor descentralización que otorgaría a Páez y a Venezuela una semiautonomía: después de la rebelión y amnistía de Páez, Venezuela y Páez permanecerían ligados a Colombia sólo a través de la lealtad personal al Libertador. Bolívar consideraba que el conflicto de Páez era signo inequívoco de que la Constitución de Cúcuta había hecho crisis: trata entonces de aprovechar la ocasión para tratar de imponer su Constitución Boliviana como solución.

El desenlace del conflicto es bien conocido: la culminación de la tendencia a la balcanización del antiguo Imperio español, que hizo concluir a Bolívar que había arado en el mar y edificado en el viento.

\* Historiador colombiano. Sus perspectivas confirman y complementan tesis que también en Venezuela sustentamos.